

ÁNGEL LUIS  
GONZÁLEZ  
1948-2016

IN MEMORIAM

Ángel Luis González  
1948-2016

ACTO ACADÉMICO  
IN MEMORIAM

28 de abril de 2017

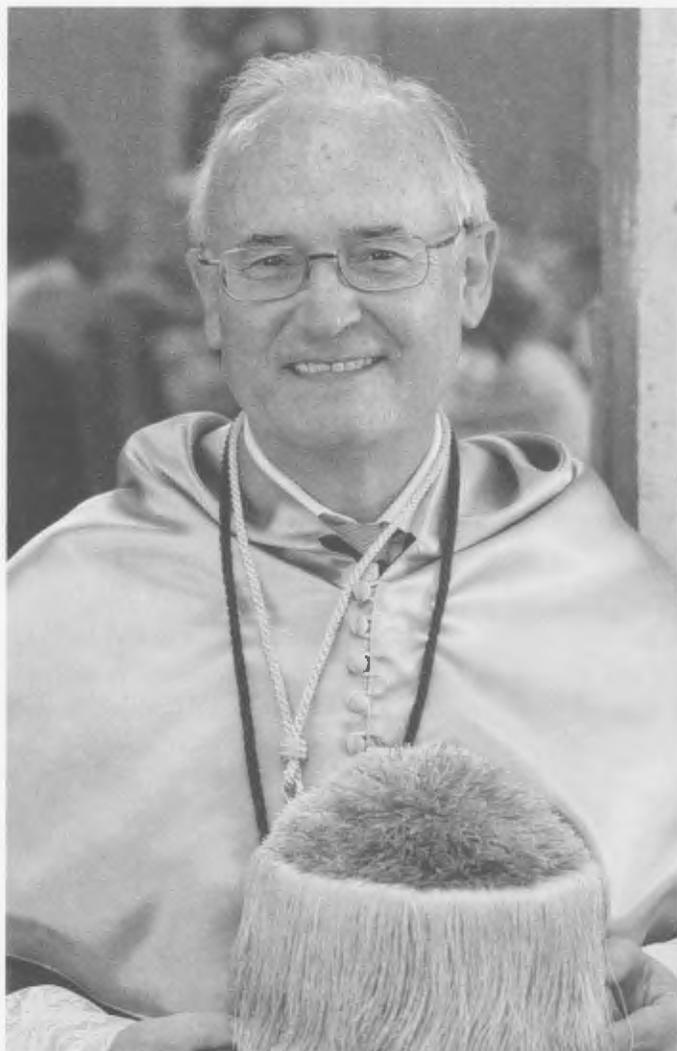
EDITA: SERVICIO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
CARRETERA DEL SADAR, S/N  
CAMPUS UNIVERSITARIO  
31080 PAMPLONA, NAVARRA

ISBN: 978-84-8081-551-2  
DEPÓSITO LEGAL: NA 879-2017

DISEÑO: KEN  
IMPRESIÓN: IDAZLUMA  
IMPRESO EN ESPAÑA

UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

*Ángel Luis González*



Ángel Luis Fontalbe

## Índice

### Intervenciones de

- D. José Ángel García Cuadrado II  
*Profesor Ordinario de la Facultad Eclesiástica  
de Filosofía. Universidad de Navarra*
- D. Enrique Alarcón 23  
*Profesor Adjunto de la Facultad de Filosofía  
y Letras. Universidad de Navarra*
- D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Jesús Soto Bruna 39  
*Profesora Ordinaria de la Facultad de Filosofía  
y Letras. Universidad de Navarra*
- D. José María González 55  
*Profesor de Investigación del Instituto de  
Filosofía del CSIC, Madrid*

**José Ángel García Cuadrado**  
*Profesor Ordinario de la Facultad Eclesiástica  
de Filosofía. Universidad de Navarra*

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector  
Ilustrísima Decana de la Facultad  
de Filosofía y Letras  
Estimado claustro universitario  
Señoras y Señores

Agradezco a la Facultad de Filosofía y Letras la invitación a participar en este acto en homenaje al Profesor y maestro D. Ángel Luis González, fallecido en Pamplona hace poco más de un año. Se me ofrece así la posibilidad de agradecer públicamente, aunque sea de modo póstumo, todo lo que personalmente le debo, que es mucho. Tengo la sensación –quizás compartida por muchos de los aquí presentes– de que no supe manifestarle suficientemente esta agradecimiento en vida. Quizás haya sido necesaria su repentina desaparición para valorar mucho más las horas compartidas con quien de manera tan generosa nos prestaba su tiempo, consejo y experiencia.

Los que le tratamos con asiduidad hemos sentido durante estos meses transcurridos un vacío difícil de colmar y una cierta sensación de orfandad.

Se me ha encargado esbozar una breve semblanza de este universitario cabal que fue D. Ángel Luis. Soy consciente de que muchos otros podrían presentar con más autoridad que yo esta biografía. De hecho, a lo largo de estos meses han aparecido en diversas revistas de Filosofía excelentes artículos *In memoriam* redactados por colaboradores que trabajaron estrechamente con él durante bastantes años: el Profesor Miguel García-Valdecasas (*Anuario filosófico* 49/2 (2016), pp. 423-433), la Doctora M<sup>a</sup> Idoya Zorroza (*Studia Poliana* 19 (2017), pp. 7-18) y el Profesor Juan Fernando Sellés (*Espíritu* 65/151 (2016), pp. 247-249).

Hay dos hechos, sin embargo, que han marcado singularmente mi relación con D. Ángel Luis y pueden justificar de algún modo el privilegio que esta tarde se me brinda. En primer lugar, la estrecha colaboración académica mantenida con motivo de la puesta en marcha de la Facultad Eclesiástica de Filosofía en 1988. Durante esos años D. Ángel Luis, como Vicerrector encargado de manera más directa, siguió con generosa dedicación la implantación y los primeros pasos de la nueva Facultad que venía a completar el número de Facultades Eclesiásticas de

esta Universidad junto a las de Derecho Canónico y Teología. Su consejo prudente y exigente a la vez, así como su altura de miras marcaron sin duda los comienzos de esta Facultad que se acerca ya a los treinta años de existencia.

El segundo hecho singular que marcó mi relación con D. Ángel Luis es que él fue el director de mi tesis doctoral, defendida en la Facultad de Filosofía y Letras en 1997. Ciertamente él dirigió más de setenta tesis doctorales (concretamente 73), y soy solo uno más de los afortunados doctorandos que gozaron de su orientación. Pero se añade la circunstancia de que mi padre, el Profesor Jesús García López, fue a su vez el director de la tesis doctoral de D. Ángel Luis defendida en 1976. A este hecho hay que añadir otra coincidencia del todo singular: que el padre de D. Ángel Luis, el Catedrático Ángel González Álvarez, fue a su vez el director de la tesis doctoral de mi padre, presentada en la Universidad de Madrid en 1949. Creo que esta insólita coincidencia justifica de alguna manera mi presencia esta tarde aquí.

Ángel Luis González nació en León el 13 de septiembre de 1948. Realizó los estudios de enseñanza primaria y media en el Colegio San Fernando (PP. Escolapios) de Madrid. Estudió la licenciatura en Filosofía y Letras (Sección de Filosofía) en la Uni-

versidad Complutense (1965-1970). Su tesis de licenciatura, titulada *La omnipotencia divina y el criticismo ockhamista* (1971) fue dirigida por el Profesor Sergio Rábade. Durante esos años universitarios solicitó la admisión en el Opus Dei, hecho que marcaría su personalidad universitaria, llevándole a conocer y tratar personalmente al Fundador y Primer Gran Canciller de esta Universidad, san Josemaría Escrivá.

Entre 1971 y 1974 fue becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para desarrollar un trabajo sobre el teologismo gnoseológico de Guillermo de Ockham, investigación que le llevó entre 1972 y 1973 a las Universidades de La Sapienza (Roma) y de Perugia, donde amplió estudios con el Profesor Cornelio Fabro. En 1973 regresó a España realizando los cursos monográficos del Doctorado en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad de Navarra. Obtuvo el grado de doctor en octubre de 1976 con la tesis *La cuarta vía tomista para demostrar la existencia de Dios* que obtuvo la máxima calificación y, posteriormente, el Premio Extraordinario de Doctorado en Filosofía.

Se incorporó entonces a la Universidad de Navarra como profesor Adjunto de Metafísica (Ontología y Teodicea) colaborando en las asignaturas que impartía el Profesor Rodríguez Rosado durante los cursos 1976 a 1981. Durante esos años se licenció

y doctoró en Teología (1977) con una tesis sobre *El conocimiento natural de Dios: Magisterio de la Iglesia*. En 1981 obtuvo por oposición la plaza de Profesor Adjunto de Metafísica (Ontología y Teodicea) en la Universidad Complutense: tomó posesión de la plaza correspondiente regresando después a la Universidad de Navarra. Dos años después, en enero de 1983, obtuvo por oposición la cátedra de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga. Poco después se reincorporó a la Universidad de Navarra en la que ha ejercido la cátedra de Metafísica desde 1983 hasta el momento de su fallecimiento. En total dedicó cuarenta años de trabajo a esta Universidad.

Ha sido profesor visitante de la Universidad los Andes en Chile y la Universidad Panamericana de México que le honró con el Doctorado Honoris Causa en el año 2010. Ha dirigido como investigador principal siete proyectos subvencionados por diferentes entidades oficiales. Sus publicaciones se centran en los temas clásicos de la Teodicea, siendo muy relevantes sus aportaciones a los estudios sobre Santo Tomás, Descartes, Spinoza, Nicolás de Cusa y, de modo especial, Leibniz.

Destacaré primeramente su monografía *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta vía de Tomás de Aquino* (Eunsa, Pamplona 1979, 2001<sup>3</sup>) y *El Absolu-*

to como causa sui en Spinoza (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1992, 2000<sup>3</sup>). Con anterioridad había publicado un estudio sobre *Engels: Dialéctica de la Naturaleza* (Editorial Magisterio Español, Madrid 1976, 1987<sup>2</sup>). Por otro lado, el manual de *Teología natural* merece una mención especial pues ha sido texto de referencia de muchos universitarios desde su aparición (en 1986) hasta la actual sexta edición, debidamente revisada y ampliada (2008): este texto fue traducido al italiano y prologado por Cornelio Fabro (*Filosofía di Dio*, Roma 1988). Poco después de su fallecimiento salió a la luz el libro *Esencia y existencia en Leibniz* (Eunsa, Pamplona 2016), una colección de artículos y capítulos de libros ya publicados desde 1994, el primero, hasta 2014, el último.

Ha sido editor de dos importantes obras colectivas sobre Leibniz: *Las demostraciones de la existencia de Dios según Leibniz* (Eunsa, Pamplona 1996, 2004<sup>2</sup>) y el número monográfico de *Anuario Filosófico* sobre *La metafísica modal de Leibniz* (38/1, 2005). También fue editor de la revista *Anuario filosófico* con un número dedicado a Nicolás de Cusa (38/3, 1995) y otro a *El pensamiento de Leonardo Polo* (39/2, 1996). En sus últimos años acometió la ambiciosa tarea de editar un *Diccionario de Filosofía* con casi trescientas voces, una contribución muy relevante para la

alta divulgación filosófica en español. También le debemos la traducción castellana y edición de diversas obras de Nicolás de Cusa (*La visión de Dios, De Possest, La cumbre de la teoría, Diálogos del Idiota, El No-otro, El juego de la bola*) y de Tomás de Aquino con la traducción con comentarios de las *Cuestiones disputadas sobre la Verdad*, publicada en dos volúmenes como fruto de un trabajo conjunto de profesores de diversas universidades, tarea que se dilató a lo largo de más veinte años y vio la luz pocas semanas antes de su muerte. Así mismo es el autor de relevantes artículos publicados en revistas especializadas sobre Ockham, Kant, Leibniz, Tomás de Aquino, Nicolás de Cusa y Pascal.

De la rica personalidad de D. Ángel Luis quisiera destacar un aspecto sobresaliente dentro de su tarea universitaria: los muchos años de servicio a las tareas de gobierno de la Universidad de Navarra, que supo hacer compatibles con una investigación de altura y una fuerte carga docente. La idea de que las tareas de gobierno son en realidad un servicio –muchas veces abnegado– está en la entraña del ideario de esta Universidad que su Fundador y Primer Gran Canciller, San Josemaría, imprimió de manera indeleble en esta *Alma Mater*. Su sucesor, el Beato Álvaro del Portillo, supo inculcar esta misma impronta de servicio a los que –como D. Ángel

Luis- recibieron encargos de gobierno y dedicaron sus mejores energías a llevar adelante esta empresa universitaria.

La simple enumeración de esas tareas de gobierno resulta suficientemente elocuente: Director de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras (1977-1984); Vicerrector de la Universidad (1984-1991); Subdirector del Departamento de Filosofía Teorética (1993); Director del Departamento de Filosofía Teorética (1993-1996); Director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra (1996); Decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1996-2002). También desempeñó las siguientes funciones universitarias: Secretario y Subdirector del Colegio Mayor Aralar (1974-1976); Secretario (1978-1984) y posteriormente Presidente del Consejo Editorial de la Colección Filosófica (desde 1994); miembro del Consejo Editorial de *Anuario Filosófico* (desde 1984); director de los *Cuadernos de Anuario Filosófico*, Serie Universitaria (desde 1992); así como fundador y director de la revista *Studia Poliana* (desde 1998). Además, ha sido Presidente del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra (1988-1992), Vicepresidente del Patronato de Gobierno del Colegio Mayor Mendaur (desde 1994); Presidente del Tribunal de Suficiencia Investigadora en el Programa de Doctorado en Filosofía (cursos 2005-2015).

También formaba parte del Consejo Editorial de la *Revista de Filosofía* de la Universidad Católica de Concepción (Chile), desde 2002; Experto del Programa "Academia" para la Acreditación Nacional de Catedráticos y Profesores Titulares de Universidad (desde 2008); Miembro del *Advisory Committee* del *Leonardo Polo Institute of Philosophy* (Chicago) (2013); Director del Consejo Editorial de la edición de las *Obras Completas* de Leonardo Polo (desde mayo de 2014); Director de la Línea Especial de Pensamiento Clásico español y Director de la Colección de Pensamiento medieval y renacentista (desde 2005).

La enumeración de estas tareas nos habla del servicio abnegado a la comunidad universitaria, que se benefició siempre de su rigor intelectual y de su dilatada experiencia, unido a su natural cortesía y caballerosidad en el trato. Un rasgo que me llamó la atención desde los años de la tesis doctoral fue la libertad con la que dejaba hacer al doctorando. Corregía con atención los borradores y hacía sugerencias generales, pero dejando un amplio margen a la iniciativa y a la creatividad. Esa misma actitud la advertí siendo él Director de la Línea Especial de Pensamiento Clásico Español: transmitía algunas orientaciones generales, muchas veces provenientes del Vicerrectorado de Investigación, pero fundamentalmente impulsaba a cada uno a dar lo mejor de sí

mismo, respetando y alentando la investigación personal, aunque ésta se encontrara lejos de sus intereses personales. Es cierto que a lo largo de sus muchos años de gobierno como director de Departamento, Decano de la Facultad y Vicerrector de la Universidad tuvo que tomar decisiones difíciles y a veces dolorosas, pues el gobierno exige en ocasiones una prudente fortaleza; pero el recuerdo que de manera más viva y pronta viene a mi memoria es el de respeto y confianza en aquellos a quienes debía dirigir.

Otra característica que pone de manifiesto sus dotes de gobierno es el empuje e iniciativa con que alentaba los proyectos ambiciosos y magnánimos. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la difusión del pensamiento del Profesor Leonardo Polo. Gracias a su iniciativa se han celebrado numerosas reuniones científicas en Pamplona desde 1993 y en otras ciudades; alentó la realización de diversas tesis doctorales; en 1998 fundó la revista *Studia poliana* que en pocos años ha obtenido excelentes índices de calidad, y más recientemente una revista en inglés sobre el mismo autor. Y, finalmente, acometió en primera persona la tarea de editar la *Obra Completa* de Polo, uno de los pensadores más importantes de la segunda mitad del siglo XX, según D. Ángel Luis.

Cuentan de un afamado director de orquesta al que, llegado el momento de su jubilación, la Filar-

mónica que dirigió durante años quiso ofrecer un homenaje lleno de significado. Al comenzar su último concierto, el director dio los primeros compases con la batuta, y a los pocos momentos tomó asiento para escuchar a la Orquesta que durante años había dirigido y formado. Su destreza en armonizar a los músicos había llegado a un grado de perfección tal que ya no era necesaria la guía de su batuta. Era, sin duda, el mejor homenaje que se le podía haber ofrecido.

He de reconocer que la repentina desaparición de D. Ángel Luis ha supuesto una pérdida difícil de asimilar tanto desde el punto de vista personal como institucional. Pasados los primeros momentos de desconcierto, sin embargo, creo que el mejor homenaje que podemos tributarle es continuar con empeño, iniciativa y creatividad los proyectos que promovió durante los cuarenta años de trabajo en esta Universidad.

## Enrique Alarcón

*Profesor Adjunto de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Navarra*

La extensa trayectoria académica del Profesor Ángel Luis González, sus muchos trabajos y logros, dejan traslucir hasta qué punto ha marcado la vida del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra. Con todo, ni las responsabilidades asumidas ni los frutos de su labor constituyen, a mi juicio, la más valiosa herencia que nos ha legado. Son consecuencia de una realidad más profunda e importante: la extraordinaria calidad humana de D. Ángel Luis.

Esta valía personal no quedaba oculta, sino resaltada, por su característica discreción. La realidad suplía con sobrada ventaja al hacerse valer. Ángel Luis era hombre de verdades y enemigo de artificios. Le gustaba pasar inadvertido y centrarse en la realidad, no en la apariencia. Gran maestro de Metafísica, especialista en la doctrina tomista del ser, la realidad no era para él un tema especulativo, sino fundamento radical de la verdad y objeto de voluntad. Su realismo no era doctrina abstracta, sino una convicción

y una guía vital, porque Ángel Luis vivía una única vida en su pensar y en su actuar consiguiente.

Esta sinceridad, esta sencillez vital no eran enemigos del cuidado exquisito de las formas. Le gustaba la expresión –de Salvador de Madariaga, creo– de que la cortesía es el último cortafuegos antes de la barbarie. Era Ángel Luis extraordinariamente formal. “El hombre del traje gris”, le llamaban alguna vez, afectuosamente. Este formalismo no era fingimiento, no sonaba a falso, porque expresaba el profundo respeto en su trato hacia cuantos le rodeaban.

Prueba de esta consideración era el comportamiento de D. Ángel Luis con sus subordinados. Cuando solicitaba un servicio más parecía pedirlo como favor que como mandato. Confiaba en el sentido de la responsabilidad ajeno, probablemente porque no esperaba de los demás menos que de sí mismo. Por eso, también, salvo que una necesidad imperiosa lo requiriese, Ángel Luis respetaba hasta extremos insólitos las decisiones ajenas, a condición, eso sí, de que quienes las tomaban asumiesen con madurez sus consecuencias. Tengo para mí que, a sus ojos, muchas veces acertó y otras quizás no, pues tal es la condición humana incluso para los más prudentes. Con todo, soy testigo de su profunda satisfacción cuando el resultado final era bueno, aunque él hubiese aconsejado en contrario.

Este proceder, tolerante o exigente según fuesen las circunstancias, atraía, como es natural, el respeto y la estima ajenos. Con todo, no faltaron en la vida de D. Ángel Luis momentos duros en los que hubo de tomar, a contrapelo, decisiones que hubiese sido más cómodo rehuir. En tales circunstancias, sufrió sinsabores y contratiempos más o menos duraderos. Soy testigo de cómo, en estos casos, callaba para no dejar en evidencia a otros. Eran excepcionales las veces en que, en alguna confianza, manifestaba el dolor que le causaba un proceder impropio. Ángel Luis tenía un gran corazón, sabía querer y se hacía querer: por eso, también, le dolían en lo profundo las deslealtades. Y por eso, también, fueron escasísimas las ocasiones de un desencuentro personal: incluso quienes algunas vez se le opusieron no podían por menos que admirar y querer a D. Ángel Luis.

La verdad y el bien tienen el privilegio de vencer y hacerse querer con tan sólo presentarse. Y en la vida de Ángel Luis había mucha verdad y mucha bondad. Por contraste, la mezquindad quedaba en evidencia, palidecía, se difuminaba hasta evaporarse en su propia inconsistencia. El prestigio de D. Ángel Luis era –y es– singular. Era “el hombre imprescindible”, como advertimos especialmente ahora que nos falta.

A este prestigio contribuyó no poco su destacada prudencia. La palabra y la actuación de Ángel Luis González eran un desmentido, hecho vida, del afán por separar la verdad del bien, la teoría y la práctica. Discípulo de nuestra mejor tradición, Ángel Luis no era ni un fundamentalista fanático ni un cínico pragmatista. Conocía, gustaba y practicaba la coherencia entre sus convicciones y los resultados. Prueba de que esta armonía no es un *desideratum* vacío, sino realidad constatable, fue su capacidad de consejo. Cientos de discípulos y colegas hemos pasado por su despacho, a lo largo de casi cuarenta años, para pedirle orientación sobre todo género de asuntos. Lo de menos, diría yo, son las cuestiones más o menos técnicas relativas a los centenares de tesis, tesinas y trabajos fin de carrera que dirigió. Lo relevante era la orientación en las mil circunstancias humanas planteadas. Desde el estudiante que comenzaba sus estudios hasta el rector de una universidad allende el Atlántico, todos sabíamos que podíamos confiar en el consejo del profesor Ángel Luis González.

Esta prudencia estaba sostenida, ante todo, por un conocimiento excepcional de la filosofía y la teología clásicas. Tenía Ángel Luis un cierto don para comprender a los demás, y esto se aplicaba también a la materia de su estudio. Por ello, la validez y aplicabilidad de cuanto aprendía tenían ese realismo

que antes comentaba. Él sabía valorar los contenidos, no sólo en el plano especulativo, sino también en el banco de pruebas que es la realidad. Por ello, a su gusto por la Filosofía y la Teología, el profesor Ángel Luis González unía su gran afición a la Historia, especialmente a esos inicios de nuestro tiempo que se forjaron en los albores de la Edad Moderna.

Junto a esta formación doctrinal, un segundo pilar de su destacada capacidad de consejo provenía de su intención, rectísima, desinteresada, servicial. Ángel Luis sabía querer y quería ayudar, siempre. No se servía de los demás, ni los empleaba para auparse o recibir elogios. Escuchaba, acogía, acompañaba, orientaba y dejaba hacer, porque tenía la confianza y el respeto de quien ve, en cada caso, a una persona merecedora de estima y afecto. Se explica, así, su servicialidad extremada, su disponibilidad constante, su acogida siempre amable. Era habitual en él, al recibir a cualquiera y a cualquier hora, levantarse para mejor acogerlo, sentarse frente a él para dedicarle el tiempo preciso, hacerse cargo de sus problemas y, en la medida de lo posible, ayudarle.

Su permanente disponibilidad motivó que lloviesen sobre él responsabilidades que otros hubiesen declinado. El cúmulo de tareas de gobierno asumidas por el profesor Ángel Luis González a lo largo de su vida sería difícil de enumerar. En sus últimos

años, aquejado ya de algunas enfermedades más graves, se le notaba cansado, especialmente cuando no lograba las ayudas que con toda justicia hubiesen sido de esperar. Sabedor, por larga experiencia, de las dificultades que entraña la gestión, sufría si el decurso de los asuntos no seguía el rumbo que era de esperar; pero, como todas las buenas personas, D. Ángel Luis era *incorregible*: no sólo aceptaba, casi sin excepción, los servicios que se le pedían, sino que asumía por iniciativa propia responsabilidades allí donde advertía una laguna sin visos de ser cubierta.

Es sabido que, a quienes trabajamos en el mundo universitario, por lo general, ni nos gusta mandar ni tampoco que nos manden. Lo uno y lo otro, en el fondo, esconden una cierta pereza y desinterés ante las necesidades de la vida. Como el *señorito satisfecho* descrito por Ortega, esperamos que todo nos lo den hecho para ocuparnos sólo de lo que mueve nuestro interés. Afortunadamente, la Providencia divina ha tenido a bien crear una especial raza de hombres y mujeres interesados –mirabile dictu– por las tareas de gobierno. El profesor Ángel Luis González pertenecía, afortunadamente, a esta especial raza de universitarios. Le venía de familia, lo llevaba en la sangre y lo hacía maravillosamente. Lo admirable, en su caso, era el que, incluso ocultamente, sin el brillo de un cargo eminente y ya sobrecargado de tareas, tomase

sobre sí, en servicio de los demás, responsabilidades vacantes, asumiendo incluso la ingrata labor de obtener los recursos que faltaban.

Sirva de ejemplo al respecto la edición de las obras completas del profesor Leonardo Polo. En el Departamento de Filosofía, todos cuantos tuvimos el privilegio de recibir sus clases lo tenemos como nuestro maestro, nos consideremos o no *polianos*. Ángel Luis González no lo era, pero compartía esta consciencia del valor de las enseñanzas de D. Leonardo y del valor para nuestra universidad de su legado filosófico. Con extraordinario sentido de gratitud y responsabilidad, D. Ángel Luis asumió espontáneamente la responsabilidad de promover la edición de las obras completas de D. Leonardo, incluyendo sus escritos inéditos. Para ello, él, que no era *poliano*, contribuyó a reunir y organizar el equipo de expertos preciso, gestionó las publicaciones y allegó con tal fin los recursos precisos. Su liderazgo indiscutido logró unir en la tarea a tantos discípulos de D. Leonardo dispersos por Europa y América, haciendo así un nuevo y callado servicio a esta universidad a la que dedicó su vida.

Similares merecimientos son patentes en ese trabajo inmenso y excelente, sin apenas paralelo en el mundo, que realizó D. Ángel Luis González al frente de la Línea Especial de Pensamiento Medieval

y Renacentista. Se debe a otro gran maestro de nuestro Departamento de Filosofía, el Profesor Juan Cruz Cruz, la iniciativa y primer desarrollo de este gran proyecto, que situó a nuestra universidad en la primera línea internacional de los estudios en dicho campo. La calidad de tantos estudios publicados, su número notabilísimo son, en los pocos casos comparables, el fruto de grandes equipos y grandes recursos. D. Juan Cruz, primero, y D. Ángel Luis González después lo hicieron posible movilizándolo a estudiosos de tantos países, especialmente los de lengua española, y con la colaboración de personas competentes y leales, a quienes el profesor Ángel Luis González siempre supo demostrar el agradecimiento debido.

Durante casi cuarenta años, D. Ángel Luis ha impartido su docencia con clases magistrales. Eran sus lecciones eruditas, claras, ordenadas, con una retórica elegante que resaltaba los contenidos como un buen marco contribuye a poner en valor la calidad de una pintura. De él hemos aprendido sus centenares de alumnos el estilo más clásico de la docencia universitaria, cuya eficacia se demuestra cuando es un maestro verdadero quien imparte las lecciones. Pero, más allá de las cualidades comunes a este estilo docente, las clases de D. Ángel Luis destacaban por su gran capacidad humana de comprender a los demás. En la vida académica no es infrecuente que

un texto o una conferencia sean insuficientemente entendidos. En tales tesis, resultaba habitual que quien se sentía poco o mal comprendido señalase al profesor Ángel Luis González entre los que sí se habían hecho cargo de su verdadero pensar. Esta perspicacia también era patente en las explicaciones que D. Ángel Luis presentaba de autores y textos destacados de la Historia de la Filosofía. La coherencia característica de su manera de ser, esa unidad de vida que le era propia, prestaba continuidad a su comprensión en el trato personal y en el estudio de las doctrinas filosóficas.

La misma comprensión ha sido una clave destacada de su extensa labor de asesoramiento académico personal, de gobierno universitario, de dirección de equipos, trabajos de investigación o colecciones editoriales. Fuese interpretando a Leibniz, evaluando una propuesta u oyendo a un alumno, la misma persona profundamente humana, inteligente y buena se hacía cargo con perspicacia, ecuanimidad y benevolencia de las posturas o situaciones que se le presentaban.

Tales cualidades permitieron la excelente relación cultivada por el profesor Ángel Luis González con tantos investigadores, especialmente latinoamericanos. Su trabajo y su capacidad de dirección contribuyeron al prestigio de las diversas colecciones

editoriales del Departamento de Filosofía, especialmente –como es natural– en nuestro mismo ámbito lingüístico. Y así, muchos investigadores de lengua española buscaron publicar en series dirigidas por D. Ángel Luis. El trato de él recibido fue alimentando más y más la relevante posición que estas colecciones gozan en el espacio cultural hispánico. No sé si soy parcial al considerar que, de hecho, merecen ser incluso mejor conocidas y reconocidas internacionalmente. En todo caso, pienso que la generosidad de Ángel Luis González en el trato con otros colegas e instituciones ha rendido un fruto muy superior al valor de los recursos empleados.

Al talante generoso se unía en D. Ángel Luis una extensa experiencia de la vida académica y de su gobierno, en múltiples instancias. Este saber comprobado, su rectitud de criterio y su prudencia motivaron que varias universidades de inspiración similar a la nuestra, recurriesen al profesor Ángel Luis González para que las asesorase. Por su propia índole, son éstas tareas confidenciales, pero basta advertir la reiteración de tales encargos en diversas instituciones para constatar el buen hacer de D. Ángel Luis en dicho campo.

La confidencialidad, de hecho, fue un rasgo destacado en el talante del profesor Ángel Luis González. Sabía reservarse las confidencias que se

le habían hecho, precisamente por su delicadeza extremada en el trato con los demás. Combinaba Ángel Luis la acogida amable con la debida reserva. La armonía entre confianza y discreción tenía en él un vínculo común: la lealtad. Despertaba confianza porque se advertía fácilmente esa nobleza de espíritu que radica en actuar conforme a lo mejor del otro. Personas e instituciones tenemos grandezas e indigencias, aciertos y errores. Las personalidades se hacen mezquinas si responden con la misma moneda, real o percibida. La nobleza de carácter pasa por alto lo peor y permanece en correspondencia con lo mejor del otro. Así es la lealtad, en lo bueno y en lo malo: padece, porque es humana, pero no se abandona al rencor. Devuelve bien porque no tiene en cuenta el mal. Confía en lo mejor del otro.

Cuántas veces hemos asistido a esta reacción leal de D. Ángel Luis, en las más diversas circunstancias. Su cortesía en el trato era sincera porque sabía perdonar y disculpar. Esta actitud humana y cristiana, mantenida a lo largo de toda su vida, es una de las razones de que el profesor Ángel Luis González fuese tan admirado y querido por tantos. El Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra no es lugar de multitudes, pero fue una multitud extraordinaria la que llenó el amplio espacio del Edificio Amigos en el funeral de Ángel Luis González.

Esta semblanza quedaría gravemente incompleta sin una referencia a tres aspectos clave en su vida. Para abordarlos debidamente he de hacer una reflexión previa. El profesor Ángel Luis González rara vez hablaba de sí mismo, por más que, ocasionalmente, el propio Ángel Luis compartiese gustosamente anécdotas o sucesos de su vida. Habitualmente se centraba en los temas a estudiar, los problemas a resolver, las situaciones a aclarar. Este proceder, propio de quien no se da importancia, movía a respetar la privacidad interior así cultivada. Con todo, me atrevería a decir que hay tres ámbitos que ocupaban habitualmente sus pensamientos y sus afanes.

El primero fue la Universidad de Navarra. La vida de esta institución llenó buena parte de la vivencia personal de Ángel Luis González. Consideraba a esta universidad como responsabilidad propia, en unión con sus colegas. A sus ojos, la Universidad de Navarra era parte de su vocación personal, no sólo como académico, sino como hombre cristiano. En consecuencia, las mismas energías que dedicó a su vida estaban participadas por un afán de servicio leal a esta institución. Pienso que aquí reside ese carácter modélico que la vida académica de D. Ángel Luis nos ha dejado. Miremos hacia donde miremos, siempre encontraremos una faceta de servicio a nuestra universidad. Como estudioso, como

hombre de gobierno, pero también como amigo y como cristiano empeñado en vivir en comunión con Dios. La finalidad que san Josemaría propuso para esta universidad, “formar hombres doctos con sentido cristiano de la vida”, sirve también para describir el servicio que Ángel Luis quiso prestar a quienes de él dependían. La profunda lealtad que siempre prestó a nuestra institución coincidía en el fondo con la fidelidad a su propia vocación.

En continuidad con el anterior, un segundo ámbito que llenó la vivencia interior de Ángel Luis González fue su objeto preferente de estudio, la Teología Natural. La Metafísica es una disciplina filosófica que busca el porqué último y necesario de todo. Por ello, comprende como un tema destacado el estudio de Dios a la luz de la razón humana. Para Ángel Luis González, la Teología Natural no era un mero asunto especulativo. Guardaba continuidad con su vivencia más íntima y relevante. Llenaba su vida, inspiraba sus acciones, era fuente de esperanza y de comprensión en todas las cosas. A esta luz se entiende que, en su docencia, pidiese a sus alumnos abordar las cuestiones teológicas con la seriedad de quien trata algo de valía extraordinaria, capaz de dar valor extremado a lo más importante de la vida de cada uno. No tenía inconveniente en el desacuerdo, siempre que no fuese ni ciego ni frívolo. Y, así, solía terminar su curso

de Teología Natural con una petición a los alumnos: que, como un favor personal hacia él, jamás cayesen en el fideísmo. A Ángel Luis le gustaba pensar y enseñar a pensar. La tarea docente era para él un medio de mejorar la vida de sus alumnos en lo mejor de ellos mismos. Y, conforme a la doctrina clásica de Aristóteles, la mejor vida se encuentra precisamente poniendo a Dios en el centro de la propia vivencia interior.

Fue Ángel Luis González un filósofo y maestro de inspiración tomista. El clasicismo de su orientación doctrinal era parejo a la serenidad que reinaba en su vida. Tenía paz porque estaba lleno de esperanza, esperanza alimentada con un saber rico, extenso, meditado, de cuyas luces se hizo cargo con aquella penetración que le era peculiar.

La implicación con la vida de la Universidad de Navarra, y el oficio investigador y docente, especialmente en el campo de la Teología Natural, son dos ámbitos que llenaron la vida personal de Ángel Luis González, y cuya continuidad es patente para quien los conozca siquiera someramente. Ahora bien, en el caso del profesor Ángel Luis González hay un tercer ámbito que era el fundamento común de su dedicación a uno y otro: la vocación específica a la vida cristiana que asumió desde muy joven.

Sin necesidad de que lo expresase con palabras, en toda su actuación, era obvia la convicción

atesorada por D. Ángel Luis de estar llamado a vivir su existencia cristiana identificándose con el espíritu del Opus Dei. Siendo materia profundamente íntima, se traslucía en todo su actuar, porque Ángel Luis González era, de modo patente, un hombre fiel a su vocación, identificado con el espíritu enseñado por el Fundador de esta universidad a los miembros de la Obra. De su labor en la institución, baste decir que fue análoga a la desarrollada en la Universidad de Navarra. Ángel Luis asumió numerosas responsabilidades para hacer bien a los demás porque todos cuantos le rodeaban sabían que podían confiar en él.

Quisiera acabar esta breve semblanza con una reflexión. En su primeros cincuenta años de vida, el Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra ha tenido maestros extraordinarios, en lo académico y en lo personal. Entre ellos, la figura de Ángel Luis González es ejemplo de una vida académica destacada en todas sus facetas. De algún modo, tenemos en él un modelo de vida universitaria que conviene poner en valor. No sólo es una deuda de gratitud a quien tanto ha hecho en favor de esta universidad. Es también una parte del patrimonio recibido, de nuestra herencia histórica, que haremos bien en conservar, recordándola, enseñándola, transmitiéndola, de modo similar a como hizo el propio Ángel Luis con nuestro maestro común, D. Leonardo

Polo. Cada uno de estos grandes profesores nos ha transmitido algo excepcional, que será difícil repetir. Relajar nuestra memoria, minimizar su recuerdo sería una pérdida, pues, seguramente, esa valía no tiene sustitución. Hemos de aprender a transmitir nuestra propia tradición universitaria. Y esta tarea, a mi juicio, es particularmente importante en esta etapa histórica, donde todo contribuye a realzar los medios en detrimento de los fines, a preocuparse por el procedimiento o la evaluación, en lugar de por el logro real, en la docencia y en la investigación.

Las lecciones de los mejores maestros no quedan en el papel, sino en el corazón y en la vida de sus discípulos. Erraríamos si, en nuestra enseñanza, nos limitásemos a mostrar la letra y la doctrina. También forma parte de la enseñanza recibida la misma vida de nuestros grandes maestros.

**María Jesús Soto Bruna**

*Profesora Ordinaria de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Navarra*

Excelentísimo Señor Rector

Ilustrísima Señora Decana

Claustro Académico

Señoras y Señores

Agradezco sinceramente la invitación recibida a participar con unas palabras en este, sin duda emotivo, Acto en memoria del profesor Ángel Luis González, maestro y colega, amigo siempre en los muy diversos derroteros de la vida y de la Academia. Muy gustosamente me encuentro hoy aquí, no sólo porque se trata de una brillante carrera profesional, sino también por la singular estima que siempre le he profesado, y que –no me cabe duda– ha sido mutua.

No voy a desgranar aquí una larguísima lista de elogios, que no tendría medida. Ni volveré sobre aquello de que *temprano madrugó la madrugada*. Tras los discursos de quienes me han precedido en el uso de la palabra, me centraré en desglosar la que, a mi

juicio, ha sido una significativa aportación de Ángel Luis González a la filosofía contemporánea. Algo que constituyó, a mi parecer, su ocupación durante todo el tiempo de su vida universitaria: esto es, *volver a pensar*.

El 25 de junio de 1820, en Berlín, Hegel concluía el Prólogo de su obra: *Líneas fundamentales de Filosofía del Derecho* recordando que cuando se enseña cómo debe ser el mundo, la filosofía llega siempre demasiado tarde. Pues, en cuanto pensamiento del mundo, aparece en el tiempo tan sólo después de que la realidad ha completado y terminado su proceso. “Cuando la filosofía pinta su gris sobre gris, es que una figura de la vida ha envejecido y con gris sobre gris no se puede rejuvenecer, sino sólo conocer; la lechuza de Minerva tan sólo emprende el vuelo cuando comienza a anochecer”<sup>1</sup>.

La segunda semana de octubre de 1979, seguramente un miércoles, éramos unos cuantos quienes escuchábamos Ángel Luis González en lo que fuera nuestra primera clase de metafísica. Desgranaba en ella mediante argumentos la necesidad de pensar el propio tiempo, aludiendo a la expresión del idealista alemán. Por el simbolismo que conlleva, nos fascinó con la lechuza de Minerva de Hegel; aunque aún

1. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Líneas fundamentales de la Filosofía del Derecho*, Traducción y Notas de M<sup>a</sup> del Carmen Paredes Martín, Gredos, Madrid 2010, p. 24.

no entendíamos bien su significado. Sabíamos, eso sí, que apuntaba a algo grave; pues a continuación el profesor de metafísica nos comentaba cómo, el mismo Hegel, unos años antes, en 1802 en la revista universitaria que coeditaba con Schelling (*Kritik Journal der Philosophie*), escribió un artículo, “Fe y saber”, en el que declaraba que a través de la noción de libertad que Fichte había puesto en primer lugar en su interpretación de Kant como una “filosofía práctica”, se había llegado al “viernes santo especulativo” (pág. 164), en el que Dios quedaba perdido tanto en el interior como fuera del hombre; por lo que era necesario, por así decir, recuperar el Absoluto, en el que se unen lo subjetivo y lo objetivo.

Desde esas declaraciones, supimos que en esas clases aprenderíamos en efecto a “volver a pensar”. Un pensar entendido como *léguen*, como un “leer” dentro de lo real desde la persona misma que con su intelecto y con su libertad se hace capaz de tender a lo más alto.

Ángel Luis González no fue nunca hegeliano, pero estimó que diagnosticaba gran parte lo que acaecía con el pensar en el siglo XIX; y sin duda se hacía eco del pensamiento hegeliano acerca de que “lo único que puede ser capaz de sacar a la filosofía de la vergonzosa decadencia en que se ha hundido en nuestra época, es entender bien la necesidad de la

diferencia esencial entre los modos del conocimiento especulativo de otros modos de conocimiento”<sup>2</sup>. Así como también solía referirse a la sentencia del *Fausto* de Goethe: quien desprecia el entendimiento, egregio don del ser humano, ese perece en el olvido de la inmediatez.

De alguna manera, advertimos que “la charlatanería de la arbitrariedad se había apoderado del nombre de *filosofía*”<sup>3</sup>. Nos propusimos, al menos yo, desenterrar el filosofar del arcano lugar que en cierto modo yacía olvidado y devolverlo, hoy, a su prístino lugar como metafísica.

Nos comentaba entonces la obra de Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?*, de la primera mitad del siglo XX, y nos advertía, con él, que *Un signo somos, indescifrado. / Sin dolor somos y en tierra extraña casi perdemos el habla*. A través de estos versos extraídos de los borradores de un himno del poeta Hölderlin aprendimos a describir la situación del hombre actual en lo que se refiere a la actividad de pensar. Porque, en efecto, si el habla –en el sentido del lenguaje que culmina en la expresión y contemplación interior de la verdad– es indicador del pensamiento, acontece que *lo gravísimo es que todavía no*

2. *Idem*. p. 12.

3. *Idem*. p. 18.

*pensamos*; “ni aún ahora, a pesar de que el estado del mundo da cada vez más que pensar”<sup>4</sup>; pues ocurre que lo que ha de pensarse se sustrae a la mirada inquisitiva humana. Nos resultó entonces conocida la tesis heideggeriana según la cual la primigenia unidad entre pensar y ser se perdió cuando el pensamiento se transformó en *logos*, éste en lenguaje y lógica, derivando, por fin, en la actividad técnica que ha sustituido el acaecer principal del pensar.

Pensar, aprendimos –con él y con la *Introducción a la metafísica*, también de Heidegger– que pensar es pensar el ser. Fuera lo que fuera que “el ser” así expresado apresase nuestro humano entendimiento.

Sabíamos eso sí, que ese ser que debía ser pensado, incluía en su interior la identidad de su esencia y su existencia; lo cual solamente podía corresponderle al Absoluto. La relación entre esencia y existencia no solamente recorrió de fondo su estudio sobre la noción de participación en la cuarta vía tomista para demostrar la existencia de Dios; sino que también animó las diferentes Tesis doctorales dirigidas; primero, sobre la posibilidad en Suárez. Después sobre Leibniz, –quien, por cierto, pasó a ser un interlocutor habitual– su metafísica y las diferentes pruebas del Absoluto.

4. Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?*, Traducción de Haraldo Kahnemann, Editorial Nova, Buenos Aires 1958, pp. 10-23.

“Esencia y existencia en Leibniz” fue precisamente el tema de su último libro. El capítulo que lo cierra, sobre “La causa de la existencia”, apunta a la consideración del “sentido del Absoluto como Necesario, Existenciador y *ultima ratio rerum*”. En 1992 había ya considerado que la existencia es el concepto metafísico fundamental, “la noción que los pensadores esenciales –por decirlo con una expresión de Heidegger– han tenido, tienen y tendrán siempre como único objeto de reflexión”<sup>5</sup>. Considera que el propio Leibniz arriba a una última noción de existencia que ya no es posición, modalidad que no es posibilidad, necesidad o contingencia. Se trata del Absoluto como Identidad originaria e incausada.

\* \* \* \* \*

Algunos años más tarde de aquellas primeras clases y mientras se desarrollaba su diálogo con Leibniz, Ángel Luis González acometió la tarea de traducir y comentar a Nicolás de Cusa. Pienso que la idea de la *mens* como “imagen pura” atrajo sus estudios en la dirección que acabo de apuntar; tal como escribió, comentando los diálogos *Del Idiota*: “La naturaleza

5. Ángel Luis González, “La existencia en Leibniz”, *Thémata. Revista de Filosofía*. Nº 9 (1992), p. 183.

intelectual está volcada por esa sabiduría, que en sí misma es inalcanzada e inalcanzable, por lo que nunca se sacia con lo que es mayor de toda comprensión: siempre procurará, con irrequieto afán, comprender mejor al Incomprendible”<sup>6</sup>.

En ese esfuerzo de comprensión se le aparecía la verdad del ente, la verdad de lo creado. Esta última, y de la mano de la doctrina cusánica, enseñaba que si bien el mundo puede ser comprendido como imagen –tal como alertaba Heidegger en *Holzwege*–, “la verdad de la imagen no es la imagen, sino el ejemplar del que la imagen es la imagen”.

Comprender el propio tiempo ya no requería, para el filosofar, la espera del proceso que sigue lo real; antes bien, implicaba recuperar lo olvidado y advertir que la imagen de este mundo vuelve visible al invisible y descubre al ejemplar del cual procede.

Nos revelaba con ello el sentido del humano existir; así, cuando introducía la obra de Cusa, *Sobre la búsqueda de Dios*, escribió: “El hombre ha venido a este mundo a buscar al Absoluto”; pero no, como en el caso de Hegel, un Absoluto en el que lo subjetivo y lo objetivo queden fundidos; ya que

6. Nicolás de Cusa, *Diálogos del Idiota, El posset, La cumbre de la teoría* (2ª edición revisada), Introducción, traducción y notas de Ángel Luis González, Eunsa, Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista, Pamplona 2008, p. 23.

es preciso, en una docta ignorancia, que las propias potencias intelectuales no se hallen desvinculadas de un sapiente no saber. Y entonces quedan exaltadas la propias facultades humanas; tal como lo escribió acerca del *Berilo*.

“El berilo es una piedra que posee la propiedad de ampliar los objetos a los que se aplica, y de esta manera estos se pueden ver mejor, con ella se puede fabricar lupas o lentes. Esa característica de la piedra denominada berilo se puede traspasar a la mente, formando una lente o lupa mental; con una visión intelectual puede discernirse más nítidamente la realidad. Así lo señalaba Nicolás de Cusa: ‘El berilo es una piedra brillante, blanca y transparente. A ella se le da una forma cóncava y convexa a la vez, y quien mira a través de ella llega a ver lo que antes le era invisible. Si a los ojos intelectuales se aplica un berilo intelectual, que posea una forma a la vez máxima y mínima, por medio de él se alcanza el principio invisible de todas las cosas’. También el Absoluto, que según Cusa no es alcanzable por medios discursivos, se podrá aferrar intelectualmente si a los ojos intelectuales se le ponen unas lentes intelectuales”<sup>7</sup>. Amigo de esta suerte de comparaciones, respondía a

7. Ángel Luis González (ed.), *Sobre la mente y Dios. Nicolás de Cusa*, Eunsa, Colección de Pensamiento medieval y Renacentista, 2013, p. 184.

la cuestión que preocupaba especialmente al filosofar desde el siglo XIX: cómo el ser humano puede conocer la verdad y en esta empresa, atisbar el Absoluto. Ángel Luis González estudió y trajo a la luz –con sus introducciones y traducciones al castellano– una parte considerable de la obra de Nicolás de Cusa; consideraba que, a las puertas de la modernidad, el Cusano podía dar respuesta a la insatisfacción de la situación del filosofar mencionada al comienzo de mi discurso.

No obstante lo anterior, la primera obra del cardenal que ocupó su tiempo fue una de las más tardías del de Cusa, *De visione Dei*, de 1453<sup>8</sup>.

Recuerdo que mientras se dedicaba a este trabajo, impartió un Seminario de Profesores en la entonces Sección de Filosofía de esta Universidad. Nos explicó en aquel momento que Nicolás de Cusa señala que Dios es llamado Dios porque lo ve todo. Comenzó su exposición con la relación del Prefacio de la obra, donde se nos explica que el Cusano envió su obra a Tegernsee acompañada de un retrato, que llamará icono de Dios. Se trata de una imagen cuya mirada lo abarca todo, cuyo rostro ha sido pintado con tan hábil arte pictórico que parece mirar todo

8. Nicolás de Cusa, *La visión de Dios* (sexta edición) (VD), Traducción e introducción de Ángel Luis González, Eunsa, Colección Filosófica, Pamplona 2009.

lo que le circunda; representa a uno que todo lo ve (*omnia cuncta videns*), una mirada omnividente.

“Nicolás de Cusa solicita que se realice el experimento que propone como ejemplo”. “Anima a los monjes de Tegernsee a que, colgando el cuadro en cualquier lugar y colocados en derredor de él, dirija cada uno su mirada al cuadro. Comprobarán que el rostro del cuadro parece mirar solamente a cada uno de ellos; al que esté situado en el este, le parecerá que le mira desde el este; al que esté en el oeste, parecerá que le mira desde el oeste, e idénticamente sucederá respecto de cada uno de los lugares en que se coloque un espectador. ‘Os asombraréis en primer lugar, de cómo sea posible que la imagen mire a la vez a todos y cada uno. Pues la imaginación del que está al este no alcanza a comprender que la mirada del icono pueda dirigirse a otra distinta dirección’”<sup>9</sup>.

A través de esta figura, advirtió bien el camino señalado para el que busca; Nicolás de Cusa expresa “el presupuesto fundamental del conocimiento humano del Dios que ve; la profundización en el ser propio, en el propio conocimiento, es determinante ineludible para que el hombre pueda ponerse en camino para acceder al Dios inaccesible”<sup>10</sup>; *explayando así la doc-*

9. Ángel Luis González, Introducción a: Nicolás de Cusa, *La visión de Dios*, pp. 18-19.

10. *Idem.*, pp. 47-48.

trina del deseo intelectual de Dios; pues “quien mira a Dios se ve a sí mismo en Dios, puesto que su ser es un ser en Dios y dado por el Absoluto”<sup>11</sup>.

En efecto, el reconocimiento del propio ser como visión de Dios permite entender, primero, la presencia del Absoluto en todas las cosas; y, segundo, el hecho de que cada criatura que se reconoce imagen de este modo, elija libremente ser ella misma como es: “Tú, el ser absoluto de todas las cosas, estás presente a cada una de ellas como si no te preocuparas de ninguna otra. Y por esto no hay ninguna cosa que no prefiera su ser al de las otras, y su modo de ser al de todas las demás; cada cosa defiende su ser propio de manera tal que permitiría que pereciera el ser de todo lo demás antes que el suyo propio”<sup>12</sup>.

Desde lo anterior, se abre el tema de la libertad humana, la cual se muestra en un primer grado en el hecho de que se puede actuar de modo distinto al que uno debiera: “Eres tan noble, Dios mío, que quieres que amarte o no amarte dependa de la libertad de las almas racionales. Por eso, tu amar no lleva consigo que seas amado”<sup>13</sup>. Podría aseverarse que para el Cusano la significación más propia del

11. *Idem.*, p. 45.

12. VD, IV, 9.

13. VD, XVIII, 80.

ser imagen de Dios por parte del hombre, su ser-yo y su ser-persona, reside precisamente en la libertad, en tanto que es esta la que permite el, por así decir, automovimiento del hombre hacia Dios, esto es, la plena posesión de sí. En Nicolás de Cusa se hallaría de este modo incoada la idea moderna de libertad como el concepto de la capacidad de autodeterminación.

Verdad e imagen, en definitiva, se unen en la visión absoluta: “Mi rostro es verdadero rostro, por que tú, que eres la verdad, me lo has dado. Y mi rostro es también imagen, porque no es la misma verdad, sino una imagen de la verdad absoluta”<sup>14</sup>. Y es que el ver absoluto implica el ver completo del ente finito y, por lo tanto la posibilidad de que *este* mismo vea desde sí y sea visto *por él*, por lo finito. Se entiende entonces perfectamente que el ser de la criatura es tanto el ver divino sobre ella como el ser visto del Absoluto por parte de la criatura; lo cual explica la tesis de lo finito como manifestación, esto es, como visión creada.

En estas especulaciones, Ángel Luis González subraya uno de los textos capitales de la obra de Cusa, en el que queda revelada la realidad del ser humano: “¿Qué otra cosa, Señor, es tu ver, cuando me miras con ojos de piedad, sino que tú eres visto

---

14. VD, XI, 47.

por mí?. Nadie puede verte sino en cuanto tu le concedes que seas visto. Y verte no es otra cosa que tú ves al que te ve”<sup>15</sup>.

\* \* \* \* \*

Su Discurso de agradecimiento en el Acto de investidura de Doctor *Honoris Causa* en la Universidad Panamericana de México comenzó con una palabra: “Gratitud”. “La primera palabra –dijo– que me permito decir en este acto es una palabra de agradecimiento”; para pasar después a describir el espíritu universitario y cómo este debe y puede dar respuesta al desconcierto del filosofar que he expuesto al comienzo de mi discurso. “Ser universitario no es algo transitorio o perecedero, provisional: imprime un cierto carácter. No se puede desistir o desertar de ser universitario. Ciertamente, en la vida es muy fácil estar atareados, desbordados, incluso perdidos ante tanto trabajo, tantas impresiones, noticias; en esa situación es más difícil intentar captar el sentido unitario de las cosas, y declinar. Estamos en nuestra época en una situación de sospecha, la filosofía de la sospecha, que lleva consigo que nada es admirable porque no sabemos a qué obedecen las cosas. (...)”

---

15. VD, V.

Pero el universitario auténticamente tal es, por naturaleza, esperanzado. Confiar en la esperanza especialmente cuando la historia se ensombrece, aunque todo parezca concitarse contra la esperanza”. Y en ese eje firme, armazón de la existencia histórica, apoyó esta doctrina en el maestro universitario que, según sus palabras, más admiró, Leonardo Polo.

En esta misma línea, acudió a Leonardo Polo en la Lección inaugural impartida el 6 de septiembre en el Acto de apertura del curso 2013-2014 de esta Universidad de Navarra, que llevó por título “Persona, Libertad, Don”. Señaló que la filosofía realiza su tarea sin desentenderse del pasado; pues es actividad vital “y no estamos a la altura de nuestro tiempo sino en la medida en que aceptamos un ejercicio intenso de nuestra libertad”<sup>16</sup>, advirtiendo que la forma pura de libertad es la donación. Frente al desencantamiento del don de Derrida (“el don como locura y como lo imposible”), recogió, entre otras y realizando una breve historia del don, la doctrina fenomenológica acerca del “ser dado” –*Gegebensein*–.

Desde la “libertad como ser” se entiende que el ser de la persona tiene que ver más con el dar que con lo dado; en lo que se entiende “la intrínseca rela-

16. Leonardo Polo, *El hombre en la historia*, p. 114.

ción de la alteridad de la persona”. Y entonces, concluía “la destinación del ser libre comporta que el dar no puede ser una autorreferencia, ni tampoco que el donatario sea un receptor pasivo. Dar, donación, solamente son entendibles en alteridad”. Así, en la *lógica del don* la persona hace todo lo posible para vivir según lo mejor de sí misma, sobre todo al reconocer que ella misma es receptora de don. Al recordar esto, Ángel Luis González hacía frente al cierto pesimismo de Hegel, quien, al final de sus *Lecciones de la Filosofía de la Historia*, había señalado que Europa se estaba haciendo refractaria al espíritu; y un pueblo sin espíritu es un pueblo volcado a la sola empiricidad, algo inerte, residual, un monstruo, en definitiva, asevera Hegel<sup>17</sup>. Frente a ello, consideraba que el pesimismo o el optimismo antropológicos dependerán, en último término de la concepción de la persona que se tenga y de su libertad, citando *Unidad y altura del tiempo histórico*, de Leonardo Polo: “La situación actual, nuestra contemporaneidad, es tal que todo se juega en el hombre como persona. No estamos a la altura de nuestro tiempo sino en la medida en que aceptamos un ejercicio intenso de nuestra libertad y de nuestra capacidad de verdad. Sin esto, estaríamos sim-

17. Ángel Luis González, *Persona, Libertad, Don*. Lección inaugural del curso 2013-2014, p. 5.

plemente fuera de nuestro tiempo, más alejados de él que los pueblos residuales de Hegel<sup>18</sup>. Y ese ejercicio intenso de la libertad la sitúa en el orden del don.

Tender a lo más alto, gratitud, dar desde la liberad, reconocer la alteridad, esperanza: constituyen el bosquejo de temas que he querido destacar como claves del pensar que Ángel Luis González subrayó en sus escritos, clases y conferencias.

Todos agradecemos al catedrático de metafísica su insistencia en iluminar el fundamento mismo de lo que es hoy el sentido de filosofar. Y, como decía Kierkegaard en *Las obras de amor* nunca enseñó en modo retroflexivo, solipsista, sino saliendo de sí, que es lo característico del amor. Frente a la negación de intención de alteridad nietzscheana, apoyó un optimismo antropológico, en el que el querer no es reflexivo, sino que es libre y se dirige al futuro.

Gracias, Ángel Luis.

Muchas gracias a todos.

---

18. *Idem.* p. 6.

**José María González**

*Profesor de Investigación del Instituto de Filosofía del CSIC, Madrid*

Quisiera comenzar expresando el mayor agradecimiento, en nombre de mi familia y en el mío propio, a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra por haber organizado este homenaje a mi hermano Ángel Luis, cuya vida personal y profesional transcurrió durante décadas en estas aulas, volcado en la docencia, en la investigación y en la gestión académica y que dio aquí lo mejor de sí mismo en una vocación de servicio a los demás. Agradezco la invitación a hablar hoy en este acto en el que desde distintos puntos de vista glosamos la personalidad de un universitario ejemplar, a quien me gustaría definir en las claves poéticas de Antonio Machado, “más que un hombre al uso que sabe su doctrina, era, en el buen sentido de la palabra, bueno”, como alguien que conversa con el hombre que siempre va consigo, pues “quien habla solo espera hablar a Dios un día”. Y alguien que hizo realidad los versos finales del poema:

Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tomar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Agradezco la presencia entre nosotros de las autoridades académicas, la Decana de la Facultad, Rosalía Baena, quien me envió la carta de invitación, y la presidencia del Rector de la Universidad, Alfonso Sánchez-Tabernero, quien cerrará este acto. Mi reconocimiento y gratitud a quienes me han precedido en el uso de la palabra, glosando diversos aspectos de la personalidad y obra de mi hermano. Gracias a José Ángel García Cuadrado por su recorrido por la biografía intelectual de Ángel Luis, a Enrique Alarcón por el discurso sobre el talante académico y de maestro, y a María Jesús Soto Bruna por recordarnos algunos aspectos de los escritos metafísicos de Ángel Luis. A María Jesús agradezco asimismo sus contactos conmigo por correo electrónico sobre la organización de este homenaje.

Mi agradecimiento se dirige también a todos los amigos, compañeros, estudiantes y doctorandos que han acompañado a Ángel Luis durante los años que han cursado sus clases, seminarios o tutorías y de los cuales él también ha aprendido. Pues la vida universitaria no es un aprendizaje unidireccional de

arriba hacia abajo, sino que siempre los profesores aprendemos de nuestros estudiantes y nos hacemos mejores personas en ese contacto prolongado durante años. De hecho, lo que suele quedarnos como recuerdo de nuestros profesores no son tanto los contenidos concretos de la enseñanza de una asignatura sino el talante, el trato y la calidad humana. A mí me impresionó el año pasado ver reflejado en el rostro de muchos y muchas estudiantes el dolor por la pérdida repentina de uno de sus maestros más queridos.

Gracias a todos los asistentes a este acto de homenaje y a quienes, no pudiendo estar presentes, han enviado su testimonio de adhesión. Y finalmente, gracias a la Dra. Mata, su médica de cabecera durante muchos años, por quien Ángel Luis sentía una profunda gratitud y reconocimiento profesional. A lo largo de los meses pasados he pensado una y otra vez que mi hermano habría hecho suyas las últimas palabras del gran filósofo Ludwig Wittgenstein antes de morir en casa de su médico personal. Joan Bevan, la mujer del médico, le dijo que al día siguiente iban a venir a visitarle desde Londres sus mejores amigos. Y antes de perder la conciencia, sabiendo que ese último encuentro ya no sería posible, Wittgenstein respondió: "Díales que mi vida ha sido maravillosa".

Nos encontramos en un acto de recuerdo, en una protesta contra la muerte que no puede ni debe

tener la última palabra, pues Ángel Luis sigue viviendo en nuestra memoria y también cada vez que leemos alguno de los libros o artículos en los que expresó sus conocimientos de filosofía o sus más íntimas convicciones o vivencias. Por ello, quiero referirme brevemente a dos textos suyos, más académico el primero y más familiar el segundo.

En el primer caso se trata de la Lección inaugural del curso académico 2013-2014, pronunciada por Ángel Luis el 6 de septiembre de 2013 bajo el título *Persona, libertad, don*. Me envió este discurso para que yo le hiciera llegar mi opinión, especialmente sobre la parte de sus reflexiones en torno al don en la escuela francesa de sociología y antropología social. Quisiera destacar solo dos elementos: en primer lugar, el agradecimiento de Ángel Luis a la Universidad de Navarra ya que es un honor que la propia institución a la que dedicó su vida le eligiera para pronunciar la Lección inaugural. Y en segundo lugar, me parece importante destacar no solo el contenido filosófico de este discurso, sino que en él encontramos también tres de los elementos que vertebraron la existencia del autor: la concepción de la vida como don, la idea de libertad y el ser de la persona como dar, como darse a los demás. El último apartado de la Lección inaugural se titula "Don y esperanza. Optimismo antropológico" y expresa las convicciones profundas de

Ángel Luis, su optimismo vital y su idea de que nos construimos como personas a través de la libertad como donación, dando lo mejor de nosotros mismos. En este contexto recuerda la siguiente cita de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, con la que prácticamente concluye su argumentación:

No debemos, a pesar de no ser más que hombres, limitarnos, como quieren algunos, a los conocimientos y sentimientos puramente humanos; ni reducirnos, mortales como somos, a una condición mortal; es preciso, por lo contrario, que en cuanto de nosotros dependa nos desatemos de los lazos de la condición mortal, y hagamos todo lo posible por vivir conforme a lo mejor que hay en nosotros. (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, X, 7).

Ángel Luis convirtió estas palabras de Aristóteles en una divisa de su existencia, intentando hacer siempre todo lo posible para vivir en consonancia con lo mejor que hay en uno mismo. Por ello le estamos profundamente agradecidos. Y este acto de homenaje es también un acto de profundo agradecimiento a su persona y a su vivirse y desvivirse por esta Universidad.

El otro texto al que me quiero referir tiene un carácter más íntimo y familiar. Se trata de la última

conferencia de Ángel Luis, pronunciada en la Casa de León en Madrid el día 8 de abril del año pasado, la semana anterior a su muerte, en un homenaje de los paisanos leoneses a la figura de nuestro padre, Ángel González Álvarez, homenaje celebrado con ocasión del centenario de su nacimiento. Se trata de un discurso de Ángel Luis transido por el agradecimiento, en el que glosa los distintos aspectos y etapas de la larga carrera académica de mi padre, de sus actividades como profesional y como gestor de la enseñanza y de la investigación. En un momento de esta conferencia, Ángel Luis recuerda las palabras de gratitud que escribió al final de la Introducción a su primer libro *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta vía de Tomás de Aquino*, publicado por las Ediciones de la Universidad de Navarra en 1979:

En su *Ética a Nicómaco*, Aristóteles afirma que hay dos tipos de personas a las que nunca se podrá devolver cabalmente el bien que de ellas hemos recibido: los padres y los que nos iniciaron en la filosofía. En este caso, las dos líneas de agradecimiento convergen en la persona de mi padre, Catedrático de Metafísica, que despertó en mí las primeras inquietudes filosóficas y el interés por los problemas radicales.

Siempre me han parecido muy hermosas y profundamente sentidas estas palabras, tal vez la más bella manera de expresar el agradecimiento en un libro de filosofía. Y en el final de su conferencia, después de presentar a mi padre como una persona llena de esperanza en medio de las dificultades de la vida, partidario de un humanismo cristiano y de una metafísica “que es y será siempre la ciencia buscada”, Ángel Luis termina con dos citas de autores clásicos, en las que se expresa como continuador de una tradición familiar, de manera que podemos aplicarle a él mismo sus propias palabras referidas a mi padre. Me resulta especialmente grato citar en esta Facultad a Calderón por motivos obvios y me gusta nombrar también a Goethe, a cuya influencia en la sociología alemana dediqué hace años uno de mis libros. He aquí las palabras de Ángel Luis con las que quiero concluir:

Mucha gratitud merece quien cumple, y además muy bien. Como decía el clásico, “la nobleza vive de la parte del que da, el agradecerla está de parte del que recibe” (Calderón, *La vida es sueño*). Y Goethe señalaba que “Dichoso aquel que recuerda a sus antepasados con agrado, que gustosamente habla de sus acciones y de su grandeza y que serenamente se alegra viéndose al final de tan hermosa fila”.